

IVÁN REDONDO

El Manual



IVÁN REDONDO

El Manual



Primera edición: mayo de 2026

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Iván Redondo, 2026

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2026

Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.contraluzeditorial.com

ISBN: 979-13-87810-69-6

Depósito legal: M-5892-2026

Printed in Spain

¿Por qué te fuiste?
Julio de 2021

MÁS QUE HECHOS REALES

Noventa y nueve globos rojos en el horizonte, decía la canción. Liberados al amanecer. Y, de repente, sirenas de pánico, alerta roja. Noventa y nueve vidas y decisiones. La máquina de guerra tomando vida. Noventa y nueve sueños. Uno en cada globo rojo. Así comenzó uno de ellos:

Palacio de la Moncloa. 07:59 h. Está a punto de publicarse en el *Boletín Oficial del Estado*, el BOE, el decreto de nombramiento del Director del Gabinete de la Presidencia del Gobierno, que dice en su artículo 2, apartado 2 punto f) sobre sus competencias: «Ejecutará todas aquellas actividades o funciones que le encomiende el Presidente del Gobierno». Es la cláusula de oro, la más importante.

El director de Gabinete de la Presidencia de Gobierno es el primer secretario de Estado, con idéntica categoría que el responsable de los servicios secretos. En realidad, no es tan solo un secretario de Estado, se trata del nombramiento más determinante para un presidente de gobierno. Mucho más que un ministro. Porque puede tener veintidós o más ministros, pero solo un director de Gabinete.

Se le conoce como «el Director», el guardián del mensaje, el arquitecto, el médico y el fusible. Es el puente con la sociedad civil, el principal cerebro político, la persona que está detrás de

toda la maquinaria estratégica de la Moncloa y la Oficina del Portavoz. También, aunque esto es mucho menos conocido, es el secretario del Consejo de Seguridad Nacional, de quien depende el Búnker.

Sí, hay un búnker, el refugio nuclear subterráneo que hubo que construir en el complejo presidencial en 1988 tras la permanencia oficial de España en la OTAN. Entonces sonaba en nuestro país el grupo sueco Europe y, como decía su canción más famosa, nosotros, como ellos, despegábamos de la tierra hacia Venus. ¿Volveríamos algún día? Era la cuenta atrás y, al igual que en su tema, nos daban la bienvenida. Ya éramos OTAN.

Sin embargo, esta historia, que aunque rima no es la que ustedes se imaginan, comienza algo después, justo en el momento en que su protagonista es designado jefe de Gabinete de la Presidencia del Gobierno tras la primera moción de censura victoriosa de la democracia española. En ella encontrarán libros, políticos, escritores, versos, anécdotas y recuerdos y muchas canciones, porque la política como la música, se respira.

Este no es un manual de resistencia ni de convivencia, sino *El Manual*. Y en estas páginas descubrirá un axioma: el de que siempre se repiten tres principios:

1. Que la política, como la vida, hace círculos,
2. que pocos votos, en política, siempre son muchos y
3. que la política es, ante todo, el arte de lo que no se ve.

Esta historia no solo está basada en hechos reales, *son* hechos reales. Los acontecimientos no han sido modificados con fines dramáticos como en las series de televisión. Todos los personajes combinan rasgos de personas reales porque lo son.

En *El Manual* cualquier parecido con la realidad no es pura coincidencia.

Capítulo 1

EL DIRECTOR

El país se reinició en 2018, un año que inauguró una nueva etapa de muchas primeras veces. El artículo 113 de la Constitución, que regula las mociones de censura, se accionó y dio inicio a un proceso inédito en España. Por primera vez desde 1978, cuando se aprobó la Carta Magna española, una moción salía adelante. Era la segunda que se presentaba contra ese Presidente del Gobierno y la sexta en la historia de nuestra reciente democracia. Y no había nada escrito, carecíamos de un manual de instrucciones para circunstancias como aquellas. Conocíamos el reglamento, hasta ahí. Sabíamos, por ejemplo, que por primera vez desde la Transición el traspaso de poderes de un Ejecutivo a otro duraría, en lugar de los habituales veinticuatro días de media, veinticuatro horas, pero poco más. Había que hacer camino al andar.

¿Cuál era el estado de ánimo en el país? En aquel 2018 la política se había convertido en un parque temático de personalidades que no terminaban de conectar con la ciudadanía. Lo nuevo no acababa de nacer y lo viejo resistía en medio de una gran desafección social. El reproche, el descrédito entre la clase política y el ruido mediático eran continuos. El conflicto territorial, generacional e ideológico se manifestaba de múltiples formas y, en medio de todo

ello, el nuevo Presidente, elegido tras el éxito de la moción de censura, despertaba una inquina irracional no solo entre sus adversarios ideológicos, sino, ya entonces, en casi la totalidad de la barra mediática, además de en ciertos intelectuales orgánicos e, incluso, en todos los viejos cuadros de su partido.

Esos viejos roqueros —una expresión extremadamente cariñosa que se utilizaba en algunos cenáculos— habían errado en todos sus pronósticos. Y consideraban, a pesar de la tozuda realidad y de los diferentes resultados electorales, que todas las respuestas a los desafíos de futuro se seguían encontrando en sus años mozos. En la generación que pilotó la Transición, o sea, la suya, la que había pasado de una dictadura a una democracia en los años setenta. Y en el bloque ideológico y de poder que representaban desde entonces.

Esa inquina irracional pudiera deberse, por qué no también, a que el presidente recién elegido se veía bien parecido, alto y con gran ambición. Sin duda era así. Se trataba de una verdad objetiva. Sin embargo, nada hubiera sido más fácil para el Director que utilizar esa belleza. A pesar de su juventud, el Director acumulaba una gran experiencia en los asuntos públicos y en cumplir objetivos improbables, en palabras de un periodista, como «hacedor de estrellas». Y, a pesar de su juventud, a esas alturas el Director ya sabía que usar ese atractivo hubiera sido un recurso demasiado fácil, y que recurrir a él desmerecería por completo a su candidato.

Guapo o no, con más estatura o no, más *killer* o no, previamente a su investidura el suyo era, en esencia, el retrato robot de cualquier político que aspira a lo máximo y para el que cualquier cota es poco. Créanme, los presidenciables siempre quieren más. Un candidato a la Presidencia del Gobierno, ante todo, es un cazador. Esa no podía ser la verdadera razón de ser

de todo el fango que había empezado a aflorar con tal virulencia desde que prometiera su cargo.

El odio hacia el presidente recién elegido tenía otras razones de fondo, iba mucho más allá de la narrativa oficial. ¿Cómo no iban a odiarlo, y tan pronto, si había arrebatado el Gobierno en una jugada de póker?

Un día cualquiera, de forma inesperada, planteó la moción de censura, tal y como el Director había escrito que podría suceder doce meses atrás en el diario *Expansión*, el principal periódico de economía del país, en el que era colaborador. El artículo se publicó el 22 de mayo de 2017:

Si enfocamos bien el ajedrez político que se avecina, deben saber que hay altas probabilidades de que pueda ser presidente. Bien a través de una moción de censura (si se suceden más escándalos en el seno del PP y se conforma esa mayoría alternativa) o tras el resultado de unas elecciones anticipadas.

Claro que entonces él no era aún el Director y sus análisis estaban enfocados a entretener a los lectores del diario, no a instruirlos. Sin embargo, el análisis es el primer paso para una gran estrategia. Escribir escenarios, como metodología, contribuye a proyectarse uno mismo en ellos, nos ayuda a estar preparados por si suceden. El Director lo estaba, y el Presidente también.

Ese día cualquiera en que se planteó la moción, incluso se anticipó, llegó mucho antes de lo esperado, al amparo de una sentencia del Tribunal Supremo que condenaba por corrupción al partido hasta entonces en el Gobierno.

La moción se registró el 25 de mayo de 2018 en el Congreso de los Diputados. El presidente, que tampoco era todavía el Presidente, subió a la tribuna como líder de la oposición un 31

de mayo y, como quien se sienta ante un tapete verde, le dijo al que pronto sería el presidente saliente: «Dimita, hoy, aquí y ahora, y todo terminará». A partir de ahí, embarcó a los demás partidos en la disyuntiva de apoyarlo o no en la moción de censura, sin darles tiempo a pactar algo a cambio.

Las vueltas que da la vida. También un día cualquiera, hacía dos años, antes de ser el Presidente, ese mismo hombre había sido defenestrado por los suyos en la sede de su partido. Renunció entonces a su escaño de diputado y, convertido en un simple militante, recorrió todo el país para convencer a las bases de su formación de que le apoyaran. Contra pronóstico, lo logró, venció a todos, se ganó el favor del conjunto de las bases, del núcleo de su partido en Madrid, del sistema, viró todas las encuestas —incluidas las de las principales compañías demoscópicas de la capital—. ¿Cómo no lo iban a odiar?

Tal vez precisamente a raíz de ese odio, la expresión «Gobierno ilegítimo» comenzó a oírse por doquier tras el éxito de la moción. Los partidarios de la administración saliente no encajaban lo sucedido, que el Congreso de los Diputados hubiera votado por mayoría absoluta al nuevo presidente, tal y como exige el Reglamento en las mociones de censura, y que el 1 de junio de 2018 se hubiera convertido en el primer presidente electo de la historia de España sin haber vencido antes en unas elecciones generales y sin ser diputado.

El presidente del Gobierno saliente, para ese entonces, había abandonado el complejo presidencial y desalojado de él todas sus pertenencias. Su familia también se había ido de la residencia en Moncloa. El nuevo presidente prometió su cargo ante el Rey, anunció su Gobierno y designó a su «Director». Sería el jefe de gabinete número diez en la historia de España.

Sucedió a las 12:05. Los medios habían estado ofreciendo en un lento goteo el nombre de cada uno de los titulares de los

Ministerios. Lo dejó para el final. A través de un decreto dictado por su propia iniciativa, el nuevo Gabinete de la Presidencia del Gobierno, como órgano previsto en la Ley del Gobierno junto a los ministros nombrados, debía ponerse en marcha.

Normativamente, la libertad del Presidente para configurar su equipo era total, y decidió ser audaz: su nuevo jefe de gabinete sería un profesional independiente y libre, el primero de la historia que no era un funcionario ni militaba en el partido y que, incluso, había trabajado para el principal partido de la oposición.

A partir de ese momento, nada sería igual, ni para el Presidente ni para el Director. Tampoco su relación. Ambos llegarían a grabarse a fuego que, ante la oscuridad, caminar junto a un amigo siempre es mejor que caminar solo entre tantos focos.

Sin embargo, esta historia comenzó mucho antes. Con una palabra que sonaba sin cesar: *abracadabra*, y un sonido de DJ. *Abacadabra*. Un lugar: la discoteca Young Play de San Sebastián. *Abacadabra*. Y una revelación.

El Director no lo era todavía, tenía entonces dieciséis años y había conseguido entrar al local a las cinco de la tarde, como otros de su edad, con un carnet de identidad que no era el suyo, sino el de su hermano mayor. Era 1997 y ¿sonaba ya el «Flying Free» en su versión de Pont Aeri o sus recuerdos se mezclan en el tiempo y esa melodía entraría en ellos un par de años después? No acierta a distinguir los tiempos con claridad. Pero, para él, esos años de discoteca siempre estarán asociados a ese ritmo rápido y de atmósfera contundente.

La macrodiscoteca Young Play se había abierto en el barrio de Galarreta de Hernani en el verano de 1964, el año que España ganó la primera Eurocopa. Unió generaciones y generaciones de donostiarras. Era punto de encuentro y de *abracadabra*.

Los autobuses llenos de gente llegaban cada fin de semana desde Donosti, Hernani y los pueblos de los alrededores de Gipuzkoa. Era una época en la que no había Tinder ni redes sociales; decenas y decenas de matrimonios se conocieron allí.

En 2002, la discoteca cerraría por primera vez para volver a abrir meses más tarde con diferentes marcas, hasta capitular definitivamente en 2006. En 2017, acabaría demolida por completo para construir un supermercado alemán. Justo un año antes de que el Director fuera el Director. *Abracadabra*.

Y ahí estaba en 1997. Era su primer día en una disco. ¿Y qué es lo peor que te puede pasar? Elijan su imagen. Bailar mal, puede. No saber bailar, quizás. Emborracharte con tus amigos para luego potar, es posible. Que se emborrachen ellos y tú no, lo habitual. Perder a la chica porque se va con otro, siempre. Perder a la chica porque no quiere conocer a nadie, ley de vida. O, directamente, perderte entre el humo y la gente... Pues no, lo peor es estar solo cuando llegan las lentas.

Luces apagadas y tú siendo tú, en tu mismidad y tus circunstancias. El chico que no sabía todavía que sería el Director observaba el ambiente. Los que triunfaban no hablaban demasiado. Casi siempre callaban, cumpliendo con precisión matemática el principio de decir menos de lo necesario. Cuando uno de ellos hablaba y hablaba, la otra parte directamente le tapaba la boca. «¿Cómo funcionaba aquello de conectar?», pensó. ¿Se trataba de eso?, ¿era más una cuestión de conectar que de comunicar? ¿Acaso podría haber ciencia detrás de todo esto?

Contempló la pista de baile desde el mirador situado junto a la barra central. Todos parecían allí apilados, casi como cabezas de ganado. Mientras establecía relaciones y afinidades entre unos y otros —este con este, esta con esta, esta con este...—, de pronto recordó un pequeño truco matemático que le ha-

bían enseñado de pequeño: podía elegir cualquier número, multiplicarlo por tres, sumarle seis, dividir ese resultado por tres y, tras restarle el número que eligiera al inicio, cualquiera, siempre salía un dos. Cualquier número. Salía el dos.

Entonces aún no lo sabía, tardaría aún algunos años en aprenderlo, pero el tres representa la triada en cualquier discurso, también la esencia de la repetición, y el seis es el símbolo de la armonía y el equilibrio. Que el resultado de esa operación aprendida de niño diese siempre dos era pura magia matemática, pero también una suerte de dialéctica interna y externa: el dos, como comprendería cuando se convirtiese en el Director, era la unidad de mensaje: el dos. El emisor y el destinatario: el dos. El líder y el elector, el primer principio de la comunicación política.

El dos no es la suma de uno más uno, sino el resultado de algo nuevo. Allí, bailando, todos esos adolescentes apelotonados no buscaban más que convertirse en un dos, en un par. Navegaban por ese mar de almas buscando alguien con quien conectar, que es lo que sucede cuando dos personas se encuentran y se dan la mano o un abrazo. Todo se reduce siempre a dos. Y para entenderlo primero hay que preguntarse quién es uno. Para luego afrontar la cuestión más importante: ¿quién es el otro?

A sus dieciséis años poco podía intuir el Director que esa pregunta, quién era él y quién el otro, tendría dos respuestas evidentes: el Presidente es un uno. Y el Jefe de Gabinete, un dos.